

Sobre ciencias humanas y sociales

JAVIER TUSELL

En esta sección de nuestra revista examinamos habitualmente las publicaciones aparecidas en las últimas semanas que pueden englobarse bajo la denominación de ensayo o lo que genéricamente denominamos como ciencias humanas y sociales, pero tenemos en cuenta también las narraciones biográficas o autobiográficas de personajes que tienen o han tenido una especial relevancia intelectual, política o social.

Biografía y Memorias

Precisamente vamos a comenzar en este caso por este tipo de publicaciones cuyo mercado editorial no deja de ampliarse en España. [El libro de *Jorge Edwards*, «Adiós, poeta...», *Barcelona, Tusquets*,] 1990, 323 pp., ha merecido el Premio Comillas, dedicado precisamente a la especialidad de biografía y memorias y otorgado por un jurado en el que estaban muy prestigiosas figuras, como Mario Vargas Llosa. Si muchas veces se ha dicho que el género memorialístico no responde a lo que parecen ser las capacidades de la literatura

hispanica, éste sería el mejor ejemplo y prueba en contrario. El conocido escritor chileno ha conseguido en este texto una bellísima muestra de lo que es un buen libro de recuerdos, excelentemente escrito, sensible, nostálgico, apasionado a veces e interesante por las experiencias biográficas que narra.

El autor recurre a un procedimiento que resulta muy convincente desde el punto de vista literario. En realidad no narra su propia vida, sino tan sólo en lo que atañe a su relación con Pablo Neruda; eso le permite conseguir no dejar de referirse a sí mismo, pero evitar las referencias en exceso subjetivas o intrascendentes

y conseguir un apropiado telón de fondo, la vida de un personaje tan importante en la literatura universal como fue el citado Premio Nobel.

Un libro de Memorias debe tener como requisito esencial una vida interesante y la de Jorge Edwards (por supuesto, también la de Pablo Neruda, en el pasado) lo ha sido y seguirá siéndolo. Su trayectoria ha sido la de un escritor muy vinculado a la política, como tantos intelectuales españoles e hispanoamericanos, que pasó en su momento por el atractivo de la revolución comunista y que con el transcurso del tiempo se ha alejado considerablemente de ese ideal. Se suele decir que quien ha

pasado por una experiencia como ésta en realidad ha vivido la gran aventura del siglo XX; todavía más: se ha asegurado que la lucha final será entre comunistas y ex comunistas. En realidad, tal como han evolucionado las cosas desde 1989 bien se puede pensar que esa sentencia pudiera ser sustituida por otra. Ya no habrá esa lucha final sino que será llevada a cabo por el permanente combate entre los que nunca han sido comunistas y quienes pasaron en su día por el Partido.

Las Memorias de ex comunistas o de compañeros de viaje del Partido suelen tener un aire áspero y trágico; a veces también sustituyen el entusiasmo revolucionario del pasado por un mesianismo de diferente sentido pero de fervores parecidos. Pero ése no es el talante de Jorge Edwards, ni mucho menos. El suyo es, en cambio, un carácter moderado, levemente irónico, incluso para sí mismo, entrañable para con los personajes que trata. En realidad las Memorias de las que ahora aquí tratamos no se diferencian en mucho, respecto del tono, de aquel que se desprendía de su «Persona non grata», en que narró su experiencia como diplo-



Jorge Edwards.

mático en la Cuba castrista. Sin embargo desde el punto de vista literario este libro que ahora comentamos está muy por encima de ese otro.

Habiendo elegido su autqtr como esencial punto de referencia biográfico a Pablo Neruda es obligado hacer referencia al tratamiento que le da nuestro autor. La verdad es que al crítico el poeta chileno le había parecido, tras la lectura de su «Confieso que he vivido», un carácter demasiado ególatra y desmesurado, tan lejano a su obra literaria. Pero Edwards nos reconcilia con él de modo radical transmitiéndonos su entrañable cariño por la persona. Desde la observación de sus manías, de su plenitud vital y de su enfermedad, de su deseo de cumplir con su tarea diplomática como representante chileno en París, de su pasión por la gastronomía o el coleccionismo, de su condición de «bon vivant», entusiasmado con la vida, Edwards nos transmite ese cariño por una figura para él tan cercana que es bastante más que la mera amistad. Las zonas de sombra, que ahora, desde una nueva perspectiva, resultan mucho más tolerables son las que hacen de Neruda en el fondo un converso a la religión del comunismo, temeroso de alejarse de la protección del Partido y cobarde ante la idea de sublevarse contra él, pero en el fondo un tanto es-céptico respecto del porvenir futuro de la misma y de los beneficios que pudiera reportar al género humano. En el fondo, por tanto, Neruda, el comunista, produce una cierta sensación de piedad más que de indignación.

En el libro de Edwards está prácticamente ausente la descripción de los sentimientos más íntimos: el amor, el deseo, el miedo. Pero el lector llega a la conclusión de que si en algún momento ensaya a describirlos va a conseguir un libro tan delicioso como el que ha motivado este comentario.

Si hemos quedado en que lo principal en un buen libro de Memorias es partir de la descripción de una vida interesante quien lea el de John Updike, «A conciencia», Barcelona, Tusquets, 1990, 310 pp., bien podrá llegar a la conclusión de que el novelista norteamericano, cuyos libros de la serie de ese personaje, «Conejo»,



Pablo Neruda.

han merecido tan considerable éxito, tiene pocas experiencias que revistan verdadero interés de ser narradas. Quizá, sin embargo, hay unas páginas brillantes que son aquéllas, iniciales, en las que Updike describe la vida en su pueblo natal y que recuerdan a las novelas de Carson Mac Cullers, pero inmediatamente a continuación nuestro autor se pierde en una especie de psicoanálisis freudiano de sí mismo que ni siquiera merece verdadera atención de quienes, a pesar de ello, han gustado de sus novelas, porque no permite hallar la clave de su literatura. Hay un capítulo entero, de más de cuarenta páginas, dedicado a la psoriasis, una enfermedad de la piel poco dañina aunque produzca una apariencia externa lamentable. Nunca un hecho tan realmente intrascendente ha producido tantas páginas ni tan innecesarias. ¿Convierte la psoriasis

(o la tartamudez, también otra peculiaridad del autor) a un ser humano en escritor? Me parece que la respuesta es negativa.

Si, por lo menos, Updike ofreciera alguna otra cosa...

Pero no es así. Tampoco los sentimientos íntimos, personales, aparecen por las páginas de su libro. No está presente tampoco el humor: difícilmente puede emplear este registro una persona que se siente tan agobiadamente empujado a tratar de su psoriasis. En cuanto a lo que podríamos denominar como vida pública o evolución ideológica del autor hay, en cambio, un curioso apunte sobre la posición del novelista acerca de la guerra del Vietnam. No fue el autor un opositor a la intervención de los Estados Unidos en ella; su reacción tenía muy poco que ver con la de los estudiantes que alzaron barricadas en las Universidades o con los intelectuales sofisticados que juzgaban poco menos que fascista a Johnson. En la descripción de la que fue su postura, Updike hace bien al referirse a los patrones que le sirvieron de punto de partida. Fueron los sentimientos y los puntos de vista tradicionales en un «demócrata», dándole a este término el sentido que tiene en la política norteamericana; alguien, en definitiva, de procedencia social proletaria para quién los valores patrióticos y de respeto a las instituciones no son algo banal o carente de importancia y menos aún algo que pueda ser objeto de burla o irrisión.

La referencia a Vietnam permite referirse a otro personaje, político en este caso, que tuvo decisivo papel en la vida norteamericana de esos años. *Richard Nixon*, «*En la arena. Memorias de victorias, derrotas y renovación*», Barcelona, Plaza y Janes, 1990, 391 pp., es el enésimo libro que, a caballo entre las Memorias, reflexiones y propuestas de actuación en el terreno internacional, ha escrito el conocido político republicano. Si,



John Updike.

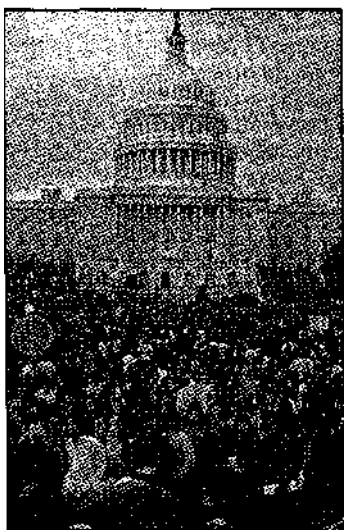
en su momento, de él pudo decirse que había quedado reducido a cenizas después de su expulsión del poder como consecuencia del «affaire» Watergate fue precisamente el dedicarse a cierto género de literatura política lo que ha limpiado su imagen de manera irreversible y le ha vuelto a hacer ser considerado como alguien digno de toda consideración en sus opiniones y experiencias. Las Memorias de Nixon eran, sin embargo, excesivamente extensas, demasiado morosas en la descripción de lo que fue el Watergate y no lograban disipar la sensación de un carácter tortuoso y alambicado. Mucho mayor valor tuvieron, en cambio, otros dos libros posteriores titulados, respectivamente, «La verdadera guerra» y «No más Vietnams», que contribuyeron de manera sustancial a cambiar la percepción de la política norteamericana respecto de los problemas internacionales ya considerar al ex presidente como el depositario de una experiencia que no podía ser desdeñada. Este nuevo libro contiene un conjunto de referencias fragmentarias a la vida de su autor, de reflexiones sobre su talante personal más que sobre su ideología y tan sólo algunos recuerdos de los mo-

mentos en que estuvo en la Presidencia de los Estados Unidos. Se trata, sobre todo, de un libro muy profesional. A lo largo de sus páginas se aprecia que el antiguo dignatario norteamericano ha contado con un eficaz equipo de colaboradores que le han elegido muy bien sus citas, anécdotas y chistes, con independencia de que la línea vertebral del texto la haya redactado o no el propio Nixon. No merece la pena comentar sus referencias a cómo debe trabajar un presidente o la valía que pueden tener los discursos en las campañas electorales. En cambio sí que se debe aludir a la defensa que de sí mismo hace respecto del Watergate. Admite Nixon que debió haber exigido un nivel moral superior a sus colaboradores, que pensó en comprar el silencio de quienes allanaron la sede del Partido Demócrata durante las elecciones y que erró durante todo el proceso por ignorancia de lo que verdaderamente había ocurrido, pero afirma, de manera rotunda, que él nada tuvo que ver con la decisión delictiva y que las grabaciones que se hicieron de sus conversaciones no eran ni una novedad ni tenían fines perversos. Es muy posible que esta versión sea cierta en la totalidad de sus pun-



Richard Nixon.

tos. Lo que en cualquier caso permanece es la sensación de inautenticidad del carácter de Nixon, su reserva desconfiada y su resquemor. Claro está que este último no deja de tener su justificación dado lo mucho que tuvo que sufrir a continuación de su abandono de la Presidencia como consecuencia de la que había sido su actuación precedente. Sus pecados sin duda existieron, pero es



evidente que también fue el destinatario de un conjunto de sentimientos de rechazo de los que él no era objetivamente culpable ni merecedor. Hay momentos en que una persona se convierte en el motivo de atracción y entusiasmo de toda una generación y otra en la destinataria del repudio completo, total y absoluto; esto es lo que sucedió con Kennedy y Nixon y en los dos casos es muy posible que resultara igualmente injustificado.

Ensayo español

Hay políticos españoles que han elegido esta profesión porque

rían incapaces de prosperar en

otra; hay profesionales de la política incapaces, ignorantes o aprovechados; hay también políticos maniobreros, que hablan bien y son honestos; y luego existe un puñado excepcional de personas dedicadas a la vida pública que no son sólo muy superiores a la habitual media en los de la misma dedicación, sino que también están muy por encima de lo que es habitual en el mundo profesional español. A caballo entre la profesión, la política y el mundo intelectual, esos personajes no sólo son infrecuentes en España, sino también en Europa. Son un puñado de excepciones tan sólo, pero con su solo peso elevan el nivel de toda la vida pública española; militan en todos los partidos, pero se les encuentra más fácilmente en aquellos que se sitúan en el centro del espectro político.

Uno de ellos es *Miguel Herrero de Miñón*, que acaba de publicar dos libros: «*Las transiciones en Europa oriental y central*», Madrid, Tecnos, 1990, 105 pp., e «*Idea de los derechos históricos*», Madrid, Espasa-Calpe, 1991, 137 pp. Herrero no es sólo un excelente parlamentario, de lo que sería de desear que su partido sacara más provecho, y una persona que sabe que la inteligencia no está reñida con el buen humor, sino también un intelectual que ha gozado del privilegio de conseguir en la acción política ver traducidos en la realidad sus ideas acerca de cómo organizar la vida española. Herrero fue autor de un libro, «El principio monárquico», cuya importancia en el despegue inicial de la transición difícilmente puede ser exagerada. Contribuyó en tiempos posteriores de forma notoria a la elaboración de la Constitución y mejor hubiera quedado ésta de habersele hecho más caso en más de una ocasión. Periódicamente las reflexiones que presiden su dedicación a la vida pública le llevan a escribir libros siempre importantes, aunque, como es lógico, también puedan resultar discutibles.



El presidente Nixon.

De su librito sobre las transiciones en los países del Este merece la pena recalcar, sobre todo, la comparación que hace sobre el caso español y el de estos países y su referencia a la transición económica en ellos; para él, mucho más necesario que prestar una ayuda económica, resulta que ésta consista en un asesoramiento técnico, porque la propia liberalización del comercio europeo permitirá a todos estos países beneficiarse directamente de una apertura de nuevos mercados para sus productos. Muy original, aunque también discutible, es aquel capítulo en el que Herrero se refiere a la transición en Europa -toda Europa- desde el punto de vista de la política exterior. Siempre ha defendido Herrero la permanencia de los intereses nacionales y ahora ve la confirmación de esta tesis en la futura configuración europea en la que Alemania tenderá a ser neutral, mientras que existirá una asimetría entre el mercado único y las instituciones políticas o las alianzas defensivas. El libro concluye con una referencia a los problemas constitucionales de las nuevas democracias necesitadas de un tratamiento de problemas como el de la existencia de un po-

der arbitral o simbólico como sucede con la Monarquía en España.

Herrero ha tenido en toda su trayectoria política una preocupación de primerísima importancia por los llamados «derechos históricos» y a ellos les ha dedicado su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, ahora reeditado en Austral. Se trata de un texto muy sólidamente erudito que no puede aquí ser comentado con la extensión que debiera, pero del que merece la pena recordar una conclusión para la política española actual: los derechos históricos han sido útiles (y podían haberlo sido más) en el tratamiento diferencial de las autonomías, pero sobre todo abren una posibilidad de integración definitiva de quienes son titulares de ellos dentro de un proyecto nacional español. Pueden, en definitiva, ser un instrumento para cerrar de modo definitivo el problema vasco. Es bueno, en fin, reflexionar sobre cuanto escribe Miguel Herrero. Lo es no sólo por su brillantez, sino también por la variedad de sus preocupaciones intelectuales, bien patente en sus dos últimos libros.



Miguel Herrero de Miñón.

Merece también comentario otro libro de uno de los autores universitarios españoles más prolíficos y de mayor éxito, *Amando de Miguel, «Cien años de urbanidad. Crítica de costumbres de la vida española», Barcelona, Planeta, 1991, 218 pp.* Es un libro que se lee con interés y que permite empezar por reflexionar sobre la obra de su autor.

En la abundantísima obra de Amando de Miguel hay libros de muy diversos géneros. Hay estudios de carácter muy académico destinados a tan sólo un grupo más o menos reducido de especialistas. Hay trabajos que pretenden llegar a un público más amplio, interesado en las distintas vertientes de la política y que de hecho han logrado un espectacular éxito editorial; últimamente ha habido incluso algún libro de humor. Y también ha existido una abundante bibliografía sobre lo que podríamos denominar como la sociología de la vida cotidiana a la que en la última década ha dedicado media docena de libros. A ellos hay que añadir el que ahora acaba de aparecer, bajo el título «Cien años de urbanidad», que es obviamente una especie de guiño de complicidad humorístico respecto del lector, porque inevitablemente le recuerda la conocida novela de Gabriel García Márquez.

De Amando de Miguel a veces se oyen dos géneros de críticas. Una de ellas se refiere a su condición de autor prolífico y es explicable por la magnitud de su obra y por la variedad de la misma; en una Universidad como la española, en la que se sigue la máxima contraria a la de la Universidad norteamericana (es decir, no «Publicar o perecer», sino «Publicar y perecer»), por las críticas de los compañeros de profesión), no deja de tener una perversa lógica esa crítica. Pero la verdad es que publicar mucho sólo puede ser considerado un defecto en el caso de que eso contribuya a rebajar la ca-



Disturbios en Moscú.

lidad de lo publicado. Me parece que ése no es ni remotamente su caso, sino que ha logrado combinar las características de lo que publica de tal manera que combina el rigor con la voluntad de llegar a un público amplio. En ciertos medios oficiales de la actualidad, además, existe una sensación de que Amando de Miguel es un profesional de la oposición política contra ellos. Pero no hay nada más injustificado que este juicio, al menos desde mi punto de vista. En realidad me parece que a Amando de Miguel la política le interesa, pero difícilmente podría describirse como «pasión» su sentimiento respecto de ella; además es uno más de los que deben pensar que en los últimos tiempos nos amenaza con conducirnos al aburrimiento mortal.

«Cien años de urbanidad» es un buen testimonio de lo expuesto.

Desde luego nada tiene que ver con la política. Se trata, en él, de hacer un estudio científico de lo que habitualmente se considera que son las «buenas costumbres» a partir del examen sociológico de los manuales de urbanidad publicados en España durante el último siglo. Creo que el tipo de plan-



Amando de Miguel.

teamiento de este trabajo demuestra claramente la feliz conjunción entre el trabajo monográfico de investigación y la divulgación para un público más amplio que suele practicar Amando de Miguel. Por un lado, la «urbanidad» es susceptible de un estudio sociológico por su relevancia en la vida cotidiana; por otro, hay una perspectiva histórica importante en juego, que es la de la Historia de la vida privada, de tanto y tan reciente éxito entre el público lector. Pero, al mismo tiempo, hay también otro enfoque posible, que es el de la presentación ante un público amplio, de forma irónica, del repertorio de la urbanidad actual y la del pasado, incluso como forma para llegar a conocer rasgos decisivos de la peculiaridad de la sociedad española actual.

Creo que el intento de Amando de Miguel resulta, como es habitual en sus libros, muy interesante y ameno. Sin embargo, el lector tiene también la sensación de que este campo que ha explorado ahora es susceptible de un tipo de tratamiento más amplio, en donde exista una más clara delimitación de lo que es pasado y lo que es presente. Habría que preguntarse acerca de la real relevancia de es-

tos manuales de urbanidad como medio para descubrir los modos sociales del pasado; creo que describen un mundo estereotipado que nunca fue por completo real. Pienso, por otro lado, que el tratamiento que da a algunos temas (por ejemplo, cuando se refiere a lo que llama «Sociología del gran hotel») se aleja de la temática propia de su texto y se refiere sólo a realidades actuales. Pero eso no quita valor al libro, que se lee con interés y con disfrute.

En cambio, ha aparecido recientemente otro libro que no merece el juicio positivo que hemos emitido acerca de los precedentes. El de Antonio Escohotado, «*El espíritu de la comedia*», Barcelona, Anagrama, 1991, 210 pp., está bien escrito, pero defiende tesis que, en la opinión del autor de esta reseña, son no sólo discutibles, sino también perniciosas.



Familia, modas, costumbres. Los 60 lo transformaron todo.

El Premio Anagrama de Ensayo es uno de los galardones más importantes en este género que se otorgan en España. En la edición del presente año se ha otorgado a éste, que merece algún comentario aunque sólo sea por la relevancia que le concede el propio galardón.

Antonio Escohotado obtuvo el año pasado un éxito editorial de consideración con un libro sobre la historia de las drogas que enpeñaba también determinadas teorías acerca del Estado contemporáneo. Ahora, en este libro, que a mi modo de ver contiene reflexiones de muy distinta naturaleza, se refiere principalmente a esto último, sustentando unas tesis que no creo pueda considerarse aventurado reputar como directamente heredadas del 68. Del 68 norteamericano, más que del francés, cabría añadir: me parece que no hay nada más significativo en su libro que esos párrafos en los que hace la exaltación del Festival de Woodstock frente a la pretensión de los revolucionarios de las calles parisinas que tenían la voluntad entusiasta de cambiar el Estado y la política.

A estas alturas, debería estar ya bastante claro qué significó el 68. Sin duda, lo que de más positivo nos dejó fue la desconfianza respecto del Estado y del marxismo como explicación onmicomprensiva de la Historia. Pero algunos de los herederos del 68 derivaron también hacia actitudes mucho menos dignas de entusiasmo; también, incluso, cierto género de terrorismo nació en esa ocasión. histórica. Por supuesto, Escohotado nada tiene que ver con este género de actitudes. Sí, en cambio, con esa supuesta liberación del ser humano producida en aquella ocasión, pero mucho más en los festivales de música con amplia difusión del consumo de drogas (recuérdese cuántos de los cantantes que allí actuaron murieron por esta razón) que con los propósitos de hacer nacer una nueva política.

Después de aquella ocasión, viene a decirnos Escohotado, la especie humana, condenada a una oleada de conformismo, se ha convertido ya en una especie de «rebaño dócil» (pág. 115).

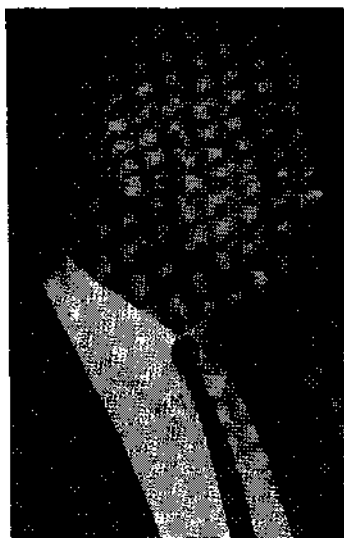
Así ha nacido la «tiranía contemporánea». Las demo-

eradas actuales son acusadas por nuestro autor de los siguientes (y no precisamente mínimos) pecados: desvirtuación, corrupción del mandato, expolio burocrático, bandolerismo, sectarismo (al exigir la uniformización radical), fraude..., etc. (págs. 117-118). Es-cohotado parece pensar en serio que las campañas electorales en los países democráticos no son más que gigantescos mecanismos de adulteración de la voluntad del ciudadano. No sólo las diferencias reales entre los partidos son semejantes a las que existen entre los detergentes sino que además un puro truco de imagen permite el triunfo de uno sobre otro por la persistente vaciedad de todos. Así nace un Estado caracterizado por su obsesión por el control de los seres humanos; colaboradores de él son todos los que renuncian a la transgresión. El control llega incluso a tratar de intervenir en lo que, según él, no son más que decisiones puramente libres, como el suicidio o la eutanasia. El Estado democrático, en fin, no tiene otro objeto que el de «atormentar al prójimo».

Por supuesto, todas estas tesis tienen mucho que ver con otra que creo que está



Antonio Escohotado.



Antonio Saura.

en el centro mismo de las preocupaciones de Escohotado, y que no es otra que la del libre comercio de la droga. Pero una y otras, en mi opinión, no son más que el resultado de unas modas culturales nacidas en el 68 de las que empieza a quedar bien poco. La difusión de la droga me parece que no fue más que eso y opino también que ese género de crítica a la democracia, de una simplicidad abrumadora, tampoco va más allá de un mal de época. España tenía que ser en un último apéndice olvidado del mundo en donde se defendieran tesis tan peregrinas.

Porque lo peor del caso consiste en imaginar qué sucedería de ponerse en práctica lo que Escohotado defiende. Si el Estado democrático es un engaño y la forma de liberación personal consiste en lo que sugiere, entonces todo cinismo radical está justificado de manera que una aparente exaltación de la rebeldía se convierte en máxima expresión del conformismo.

Arte

Mercede la pena destacar alguna de las novedades sobre Historia y crítica

del arte aparecidas en las últimas semanas. La «*Guía del arte del siglo XX*», Madrid, Alianza Editorial, 1990, 937pp., se integra dentro de una de las líneas editoriales más propias de esa firma. Se trata, en realidad, aunque se pretenda lo contrario, de un diccionario; su propósito es servir de guía para los estudiantes y aficionados al arte contemporáneo para lograr un conocimiento somero acerca de personas, movimientos y actividades del arte más reciente. Es, pues, una traducción de Oxford University Press y esto hace que lógicamente tenga inconvenientes. Es obvio que atribuir una influencia enorme en el arte contemporáneo al mundo anglosajón sería un error y en él recae, desde luego, este texto, que, por ejemplo, nos proporciona una información sobre el arte surafricano que sería mucho más apropiada en otras latitudes geográficas. La edición original del libro, por otro lado, data de 1981, es decir, hace más de una década, y ello tiene como lógica consecuencia que la bibliografía esté superada.

Pero lo que tiene menos sentido es que una obra de estas características tenga un criterio francamente discutible al referirse a los pintores españoles del siglo **XX**. ¿Cómo se entiende, por ejemplo, que Regoyos no aparezca y en cambio sí lo haga Aureliano de Beruete? También resulta muy discutible la selección de nombres de pintores que merecen una entrada independiente en el libro. Por citar un solo ejemplo, baste decir que sólo Antonio-Saura aparece de esta manera sin que exista ni siquiera una mención del resto de los pintores de «El Paso».

En el terreno del arte actual hay otros dos textos que merecen especial consideración. El catálogo de la exposición, «*Del surrealismo al informalismo. Arte de los años cincuenta en Madrid*», Madrid, Comunidad Autónoma, 1991, 308

pp., es una buena muestra de que a menudo, en casos ejemplares, se consigue trascender la ocasión de una exposición para ofrecer al público lector un libro de arte propiamente dicho. No todos los catálogos de exposición lo son, porque en ellos muy a menudo, incluso cuando la ilustración es de calidad, falta el texto que la acompañe. Pero éste no es el caso del que aquí se comenta. Merece

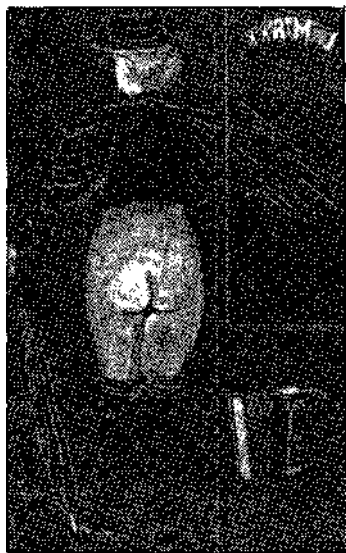
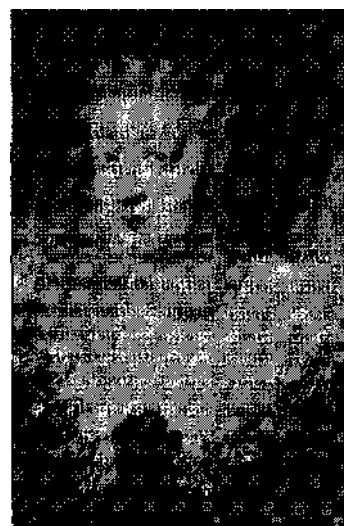


Ilustración de Eduardo Arroyo.

la pena leer especialmente lo que en él escribe Víctor Nieto que puede servir de interpretación de toda la historia de la pintura española en un momento sin duda de primera importancia. La propia selección de la obra expuesta y reproducida resulta muy reveladora; se debe a la comisaria de la misma, Ana Vázquez de Parga, inspiradora de alguna de las exposiciones de mayor valía e interés en el momento actual. Leyendo el libro de Francisco Calvo Serraller, «Diccionario de ideas recibidas del pintor Eduardo Arroyo», Madrid, Mondadori, 1991, 192 pp., el lector es consciente de hasta qué punto el arte actual implica por parte del espectador una educación previa, sobre todo en casos singulares en los que la persona del pintor es inseparable de la obra por él reali-

zada. Este es el caso de Eduardo Arroyo, cuyo irónico o sarcástico guiño de ojo a quien contempla sus Cuadros es a menudo transparente, pero en muchas otras ocasiones no tanto. Calvo Serraller, uno de nuestros mejores especialistas en arte actual y excelente conocedor de la obra de un artista tanto tiempo exiliado, ha recopilado un conjunto de revelaciones sobre la obra del pintor que proporciona una clave imprescindible para su disfrute. No es cuestión ni lugar éste para glosarlo detenidamente, pero, sin duda, el lector saca como conclusión del paso por sus manos de un libro como éste la impresión de que sería imprescindible contar con textos parecidos para la mayor parte de los artistas contemporáneos españoles. Lo que, en cambio, sigue haciéndose, sin que exista una buena razón que lo justifique, es sustituir esa exégesis explicativa por un género de literatura esotérica y producto mucho más de la voluntad de ejercicio estilístico o lucubrativo del crítico que de la realidad de la obra examinada.

Puede citarse, en fin, un libro reciente sobre un tema importante de la pintura del barroco. En Simón A. Vosters, «Rubens y España. Estudio artístico-literario sobre la estética del barroco», Madrid, Cátedra, 1990, 481 pp., encontramos un erudito trabajo acerca de la relación existente entre el pintor flamenco y la España de su tiempo. En él se demuestran y concretan las identidades culturales existentes entre una cultura defensora del absolutismo y la contrarreforma y un pintor que fue también máxima expresión de ambas. La verdad es que Rubens encontró en España bastante menos de lo que quería y creía: su verdadera pasión fueron los Tiziano de las colecciones reales y no en cambio los tipos populares o el paisaje. Rubens, en cambio, fue muy admirado en España por pintores y también por literatos, como lo demuestra el amplio



Retrato de Rubens.

elenco de citas con que se nos obsequia en este libro. Su inconveniente fundamental es que el número y la calidad de las reproducciones de sus páginas resultan inferiores a lo que cabía esperar del tema y de la editorial.

Historia

Nuestro recorrido por las novedades editoriales concluye en este caso con la mención de dos libros de muy diferente tema y factura. El de Bronislaw Geremek, «La estirpe de Caín», Madrid, Mondadori, 1991, 430pp., se integra, aunque de una manera peculiar, en esa serie de trabajos sobre la vida cotidiana que se han convertido en moda historiográfica desde hace algún tiempo en todo el mundo y han llegado a conseguir un mercado entre los lectores españoles. Geremek es un importante historiador que, además, ha desempeñado un papel de primera importancia en la reciente transformación política de Polonia como líder parlamentario de Solidaridad. En este libro examina detenidamente la literatura europea sobre pobres y vagabundos desde el siglo XV al siglo XVII. Se trata

de un tema no meramente curioso, sino también de un interés considerable que deriva de proporcionar algunas de las claves más importantes para poder llegar a comprender la sociedad del pasado. El pobre o el vagabundo es a la vez un testimonio de las oscilaciones del destino, pero también una persona que, precisamente porque no está ligado por la posesión de bienes terrenos, es capaz de proporcionar enseñanzas sobre la naturaleza del ser humano o sobre las peculiaridades de una sociedad. Pero, al mismo tiempo, esta literatura no ha de ser vista como el resultado de la reflexión o del programa de quienes pertenecen a esos mis-



Los mendigos en la Edad Media.

mos estratos de la sociedad; por el contrario, esos libros se basan en fingir quien no participa en esa marginación social que es la pobreza, una experiencia que le sirve para mostrar el lado oscuro de la sociedad en que vive. Erudito y bien redactado, el libro de Gere-mek resulta de notable interés por ejemplo para interpretar el sentido de la picaresca española del siglo de Oro, a la que dedica una de las partes de su texto.

El libro de *Antonio Elorza*, «*La modernización política de España*», Madrid, *Endymion*, 1991, 487 pp., es, en realidad, una de esas recopilaciones de artículos, conferencias y comunicaciones que resultan tan frecuentes en el panorama editorial universitario español. Antonio Elorza es un historiador concienzudo y riguroso, aunque sus interpretaciones puedan parecer a menudo sesgadas por unas concepciones ideológicas en las que figuraba como elemento interpretativo cardinal el marxismo. Ello, no obstante, muy a menudo sus estudios resultan imprescindibles por la abundancia de fuentes que ha venido utilizando y por la agudeza en sus interpretaciones.



Antonio Elorza.

la Historia española: desde la Ilustración hasta el momento actual. Centrada en el estudio de la evolución del pensamiento,[^] adquiere mayor mérito en su etapa más remota, el siglo XVIII, en que la posibilidad de interpretar la evolución de un escritor al margen de otros condicionantes es mucho más factible. Cuando, en cambio, aborda alguna cuestión de carácter más general, relativa a una etapa más reciente, el texto de Elorza se convierte en mucho más cuestionable en sus interpretaciones. Así sucede en el libro comentado respecto de Ortega o de la transición española a la democracia, por citar tan sólo dos ejemplos.